



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD N.º 14,
BARCELONA

APARTADO DE CORREOS:

Núm. 147

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

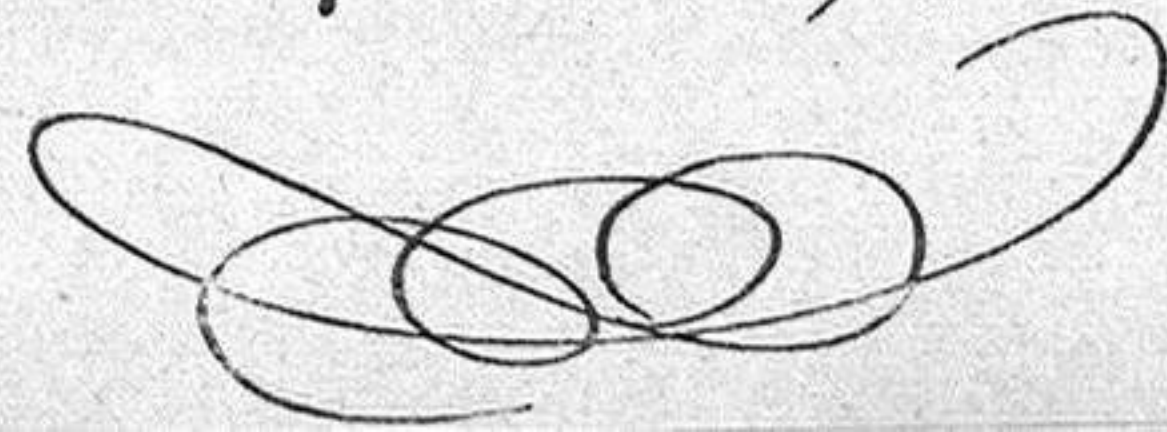
Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de
Cevallos.
Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.
Excmo. Sr. Barón de Bretauville.
Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.
D. Antonio Brea.
Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.
D. Joaquín J. Llorens Fernández de
Córdova.

D. Juan Vidal de Llobatera.
D. Ramón Vila y Colomer.
D. Tirso de Olazabal.
D. Manuel Rodríguez Maillo.
D. Reynaldo Brea.



*El Marqués de
Valde-Espina*



LA BATALLA DE TREVIÑO

SE ha hablado con mucha variedad sobre las causas que motivaron la derrota que en Treviño sufrieron las tropas carlistas.

Creemos que la luz debe hacerse sobre aquel hecho de armas, y es posible que de nuestro relato como testigos presenciales del mismo, se saquen algunas consecuencias del por qué de aquel día de luto para el Ejército carlista: pues fué, digámoslo así, el principio del fin de la guerra.

Debemos remontarnos algo para venir al día de que nos ocupamos.

El Cuartel General de Alava estaba situado en Salvatierra y algunas fuerzas se dedicaban al cerco de Vitoria; pero éste no era todo lo eficaz que debía ser; pues conservaba la capital comunicaciones con la llanada de Alava, á la que hacían excursiones constantes las fuerzas que guarnecían á Vitoria, de lo que se quejaban la Diputación y los pueblos que eran víctimas de aquéllas.

En 14 de Mayo de 1875 recayó el mando interino de Alava en el Jefe de E. Mayor, Brigadier don Enrique Chacón, el que comprendiendo que la inacción en que se encontraban las pocas fuerzas que operaban á las inmediaciones de Vitoria y su alejamiento de ella eran causa de las frecuentes salidas de su guarnición: que decaía el espíritu militar, que los pueblos no podían soportar la intranquilidad en que vivían y que la Diputación se lamentaba de aquel orden de cosas, dispuso en el mismo día de tomar el mando hacer efectivo el cerco de Vitoria, situando sus fuerzas en los pueblos más inmediatos á ella, combinándolas de manera que todas pudieran acudir al punto que fuese amenazado: adelantó su Cuartel general á Ulibarri Gamboa, centro de las operaciones que pudieran emprenderse y que, á la vez, era más estratégico, pues que podía acudir indistintamente y con rapidez á defender los pasos de Aramayona, Guipúzcoa y Navarra, y auxiliar á las fuerzas avanzadas sobre Miranda, si se tratase del paso á Vitoria del Ejército liberal. No disponiendo, para la

defensa de tan extensa línea, más que de los Batallones 3.º y 6.º de Alava y dos Escuadrones, solicitó del General en Jefe otros que le permitieran no sólo incomunicar á Vitoria con el Ejército, sino tomar la ofensiva, para lo que, de acuerdo con la Diputación, tenía grandes trabajos preparados que podrían dar un brillante resultado de consecuencias muy ventajosas para las armas carlistas.

En 5 de Junio, fué reforzada la línea con el 5.º de Alava y con la misma fecha decía Chacón al General Fortún, Comandante General propietario que se encontraba en Bernedo, lo siguiente:

«La Compañía del 6.º Batallón que estaba en Villa Real, la he trasladado á Echabaro, las otras dos del mismo al mando del Comandante López de Viaña, las establezco en Castillo, que es una excelente posición, y las cinco restantes con el Teniente Coronel Muñezcan, en observación de Miranda y Treviño. Queda ya cerrado el círculo sobre Vitoria, y establecidas comunicaciones para poder acudir las fuerzas á donde quiera que el enemigo se dirija. En Retana he situado á Húsares de Arlabán. Falta, E. S., para completar la defensa del país y aun para tomar la ofensiva, una sección de Artillería sistema Witvort.»

Con fecha 7 de Junio se ordenó por el General Fortún que el 3.º Batallón de Alava, saliera á marchas forzadas al mando del Coronel D. José M.ª Montoya, para Azazeta á proteger las obras del Castillo de San León, reduciéndose nuevamente en estas fuerzas las del cerco de Vitoria, propósito de cuya determinación dijo Chacón á Fortún, lo siguiente:

«Ruego á V. E. me permita manifestarle, que, habiendo estudiado esta llanada y la protección á Salvatierra, Villa Real, Alegría, Azazeta, Peñacerrada, Murguía y á la línea de La Puebla, creo que quedará muy distante el 3.º Batallón en Azazeta y que no podrá llegar á tiempo á ningún encuentro que tengamos, á no ser á Alegría y Salvatierra, de manera, que no podremos sacar de él un completo partido. Tenemos á Vitoria en un círculo de hierro, hemos acortado las distancias y como ha sucedido

hoy, cuando necesitamos acudir á un punto caemos todos sobre él, y podemos, con el concurso de todas las fuerzas, dar un buen golpe, y seguro, á la guarnición de Vitoria; mientras que si empezamos á alejarlas, se sabrá en seguida; volverán á sus salidas, no podremos conseguir un triunfo, ni proteger á los pueblos de la llanada, que hoy están muy contentos de vernos avanzados defendiéndolos.»

A la vez, el Comandante General interino Chacón, se dirigía al General en Jefe, pidiéndole fuerzas.

A los pocos días, el 17 de Junio, se recibieron confidencias de que se reunían en Miranda fuerzas considerables para levantar el cerco puesto á Vitoria y pasar un convoy. Se dieron en la misma fecha órdenes para que el Comandante López de Vicuña con dos compañías ocupase las picotas de Gomecha, y que el teniente Coronel Muñozcan con otras cinco se situase en Santa Cruz, ó alto de Tuyo y en Bergüenda.

El 5.º Batallón, al mando de su Jefe, el Coronel Luzuriaga, pasó á ocupar tres puentes. Se ofició al Coronel D. Desiderio J. Castell que se encontraba en Peñacerrada con cuatro compañías del 3.º y la Compañía de Guías, que, si no fueran precisas en aquel punto, diera orden para que se aproximasen á la Puebla y puestas en combinación con las fuerzas de la llanada pudieran oponerse al paso del enemigo. Este Coronel manifestó en comunicación, fecha 18, al Comandante General interino, que no consideraba justificada la confianza de reunión de fuerzas en Miranda y que había en dicho punto menos que las acostumbradas, y que por lo tanto, le manifestase nuevamente si las fuerzas á sus órdenes le eran absolutamente necesarias; porque él se proponía pasados dos ó tres días, intentar con ellas una ligera operación entre Miranda y Armiñan. El día 19 se insistió y se le trasladó comunicación del Comandante General propietario para que se incorporase la Compañía de Guías á Chacón, Jefe de las operaciones en la llanada. Quedaron en Luco dos compañías y el Escuadrón Húsares de Arlabán al mando

del Jefe de éste, Coronel D. Francisco Aguirre, y otras tres compañías en Lubiano y Argomaniz con el Escuadrón Cruzados del Cid para observar los movimientos de la guarnición de Vitoria y defender, en caso de necesidad, los pasos á Navarra, Guipúzcoa y Aramayona.

El Comandante General interino salió con el resto de las fuerzas en dirección á La Puebla, situando su Cuartel general en Nanclares y ocupando Villodas y Salinas. El 18 de Julio, por la noche, llegó á Subijana el 4.º de Álava, como auxilio enviado por el Capitán General de Castilla, de quien se solicitó. Tan luego como su Jefe dió parte de su llegada, se le ordenó que saliese aquella misma noche para Tuyo á reforzar los puestos ocupados por el 6.º de Álava.

Los Batallones 4.º y 6.º, cumpliendo las órdenes que recibieron, sostuvieron el 19 al amanecer la posición Tuyo, que fué atacada por el Ejército liberal, viéndose obligados á abandonarla por haberseles agotado las municiones, y retirándose el 4.º á Villodas y el 6.º á Montioite. El enemigo forzó la línea, que sólo pudieron defender catorce compañías, únicas disponibles para entrar en fuego.

Las cuatro compañías del 3.º y la de Guías que estaban en Peñacerrada al mando del Coronel D. José M.ª Montoya, no pudieron ocupar los altos de San Formerio, según se previno, para llegar cuando las fuerzas enemigas estaban ya acampadas en La Puebla, comenzado el combate y estar sin raciones y rendidas de fatiga. En este mismo día por la noche llegó á Subijana el 3.º Batallón de Castilla, al que se le dió sitio en la línea.

El día 20 el General en Jefe telegrafió á Chacón para que diera instrucciones á la Brigada Iturralde, compuesta de los Batallones 1.º y 2.º de Álava hasta su llegada.

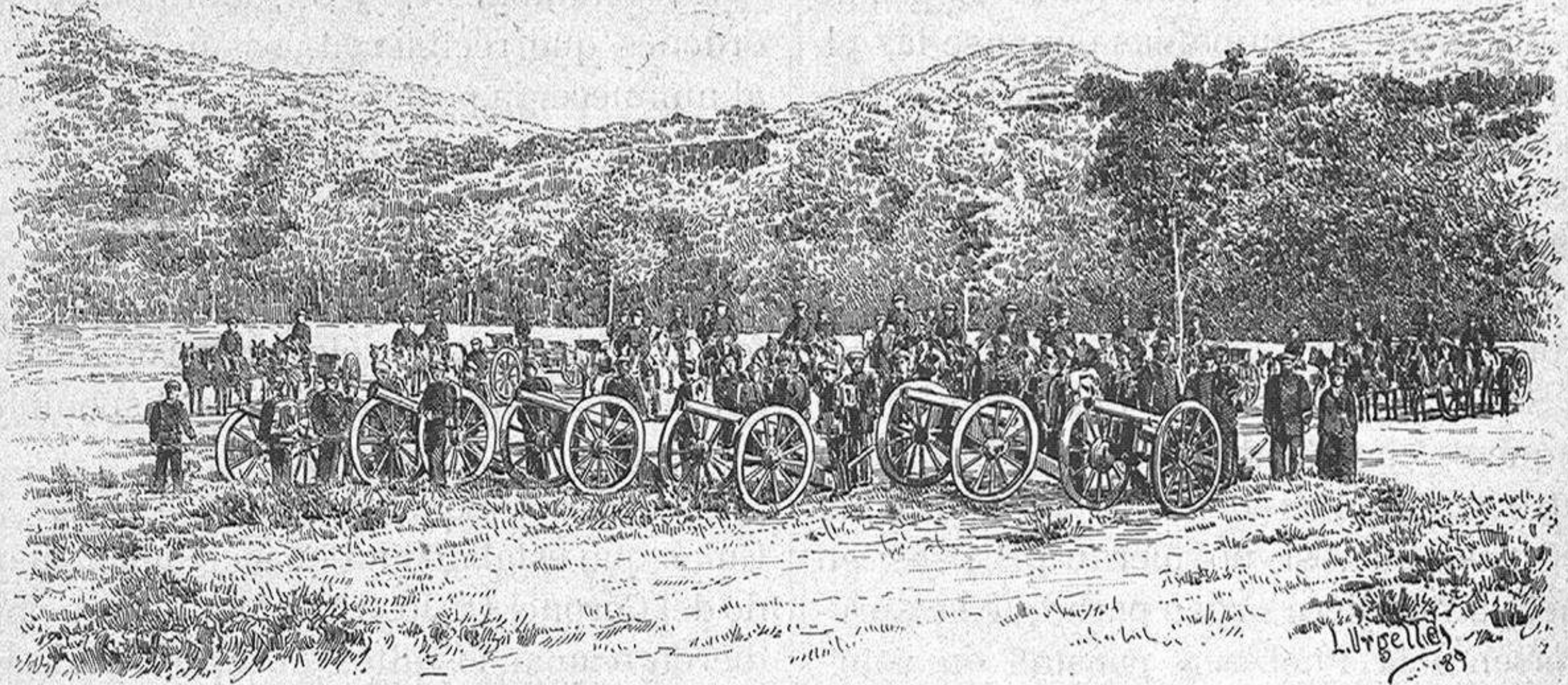
El día 22 llegó el General Mendiri á Villa Real llamando al Brigadier Chacón para combinar la colocación de fuerzas, lo que se efectuó situándose el General en Jefe el día 24 en Subijana con la Brigada Iturralde, el 6.º de Álava, Compañía de Guías y tres piezas de Artillería. El Cuartel general de Álava con el 4.º en Nanclares;

el 3.º en Villodas, 5.º Montevite, 3.º de Castilla Hueto Abajo. Quedaron desde ese día en línea siete Batallones, tres piezas y dos Escuadrones. Hubo constantes escaramuzas con el enemigo que se proponía pasar de nuevo á Vitoria, apoyado por el fuego de su Artillería situada en Tuyo, desde donde no cesaba de cañonear las posiciones carlistas que dominaba. El 3 de Julio se sostuvo más serio combate, siendo rechazadas las fuerzas liberales y conservando las carlistas todas sus posiciones.

El día 5, encontrándose Mendirí en Men-

doza, recibió un periódico que publicaba la R. O. relevándolo del mando del Ejército y á su Jefe de E. M., Brigadier Costa, nombrando para reemplazarlos al General Pérula y al Coronel Pérez de Guzmán. Decíase también que Chacón, Jefe de la defensa de la llanada de Álava, estaba relevado por el Brigadier Balluerca, pedido por Pérula, pues quería rodearse de personas de su confianza y amistad.

Llegó Pérula á la vez que Batallones navarros y castellanos al Cuartel general de Álava, en Nanclares el día 6 de Julio,



EJÉRCITO CARLISTA. — 2.ª Batería montada al mando del Coronel Prada
(De fotografía tomada en el campo de ejercicio de Estella)

coincidiendo su llegada con la de fuerzas considerables enemigas á Miranda, que tenían el propósito de forzar el paso á Vitoria.

Enterado el Comandante General interino de Álava, Chacón, de que Pérula con todas las fuerzas que le acompañaban se proponía continuar, después de un corto descanso, para Subijana, sabiendo que en el Condado de Treviño habían quedado muy escasas fuerzas y persuadido de que el enemigo había de intentar su paso por aquél; porque el ala derecha carlista que se extendía desde la carretera de Vitoria á Subijana estaba en condiciones, como en días anteriores se demostró, de

rechazar cualquier ataque que por ella se iniciase, expuso su opinión al citado General, asegurándole que con las fuerzas de que disponía, situadas en Subijana, Morillas, Montevite, Nanclares y Mendoza, y los Escuadrones Húsares de Arlabán y Cruzados del Cid, en la carretera respondía del ala derecha y que lo que á todo trance convenía reforzar era la izquierda ó sea Condado de Treviño. Fué desatendida esta manifestación por creer, según las confidencias que dijo había recibido, que era por Subijana ó el Cuartango por donde había de forzar el paso el enemigo, sin que le convenciera lo difícil que sería que lo realizase por un punto defendido por sí

mismo, aunque fuera con menos fuerza. Hubo otros Jefes que hicieron igual manifestación sin resultado. Continuó su marcha Pérula al punto que se había propuesto, donde se alojó aquella noche.

Es de creer que si estas fuerzas hubieran ocupado el Condado de Treviño aquel mismo día, descansadas, bien racionadas y en buenas posiciones, habrían no sólo impedido el paso del enemigo á Vitoria, sino que es seguro que con Jefes tan acre-

ditados como Montoya (D. Simón), Junquera, Ferrón, Calderón, Orlandi, Medina y otros que no recordamos, al frente de Batallones escogidos, navarros, castellanos, alaveses y el de Clavijo que tanto se distinguió, en unión de cuatro compañías navarras defendiendo aquel paso, hubiesen obtenido tal vez una victoria de las más notables de la Campaña. Demasiado hicieron estos heroicos batallones y los jefes que los mandaban: pues después de



Grupo de carlistas vizcaínos en los primeros días del alzamiento
(De fotografía del natural).

la penosa jornada á Subijana, á las doce horas de haberse alojado, deshicieron el camino hecho y bajo un sol abrasador entraron en fuego, conquistando posiciones en elevados montes; porque, en efecto, al amanecer del 7 de Julio se realizó el temor del jefe que mandaba las fuerzas de Álava. Fueron atacadas en ese día las muy escasas que ocupaban á Treviño, las que con el mayor denuedo se batieron, para conservar sus posiciones, contra más de 20 batallones del Ejército liberal. Al empezar á avanzar éste, telegrafió Chacón al General Pérula, el que regresó de Subijana, emprendiendo los batallones castella-

nos, navarros y alaveses la ascensión de los montes que separan á Treviño de la carretera de La Puebla á Vitoria, y con gran arrojo conquistaron las posiciones ocupadas por los liberales, persiguiéndoles en su retirada real ó simulada, en un largo trayecto: pero en el ardimiento del combate y no con el mayor orden avanzaron demasiado, recibiendo la carga de caballería que no pudieron resistir por falta de reservas que contuvieran sus efectos desastrosos.

El Comandante General interino de Álava, Chacón, que seguía con el mando por no haberse presentado aún Balluerca, nom-

brado con fecha 6 de Julio para relevarle, conservó todas sus posiciones desde Nanclares á Subijana, rechazando los ataques que se intentaron por la carretera de la Puebla, y por Montevite, protegidos por la Artillería de Tuyo, que no cesó en sus disparos hasta la caída de la tarde.

Ignorando Chacón el resultado positivo de la acción en el ala izquierda de la línea: pero sabiendo que el enemigo había entrado en Vitoria marchando por Treviño y por los altos situados á la izquierda de la Carretera de la Puebla, destacó al Teniente Coronel Zubirí y al Capitán D. Samuel Iturrate afectos á su E. M., para que averiguasen el resultado de la acción, situación del General Pérula, y que presentándose á él, pidieran instrucciones para las fuerzas á sus órdenes, y que á la vez le dieran cuenta de que se habían conservado todas las posiciones bajo el fuego de cañón del enemigo, rechazando sus movimientos de avance.

Estos distinguidos oficiales cumplieron tan bién su cometido, que atravesando de noche la línea enemiga, encontraron fuerzas de los diferentes grupos que habían tomado parte en la acción en varios pueblos á retaguardia donde se habían retirado: pero no dándoles noticia del General Pérula regresaron á Nanclares á las dos de la madrugada.

Chacón, que quedaba con el Ejército liberal á retaguardia, ante el temor de que aquél llegase á conocer que estaban indefensas las líneas de Arlabán, Villa Real y San Adrián, y conociendo en todos sus tristes detalles las jornadas de Treviño, dió la orden para que en el acto se retirasen sus fuerzas á los puntos indicados para defender los pasos á Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra. Puso telegramas desde Salinas al Real y al Ministro de la Guerra, dando cuenta de lo ocurrido y que defendería la línea de Arlabán si intentaba forzarla el enemigo para invadir Guipúzcoa y que seguiría todos los movimientos de éste por flanco derecho ó izquierdo, según la dirección que tomase al salir de Vitoria. Al día siguiente salió el Ejército liberal para Salvatierra, y las fuerzas carlistas marcharon á su altura por las faldas de los mon-

tes que se extienden de Arlabán á Otzaurte, ocupando en su marcha Guevara, Ozaeta y Zaldueño para evitar también el paso á Navarra, por San Millán. El Ejército liberal no pasó de Salvatierra, y al día siguiente volvió á Vitoria regresando el carlista á Ulibarrí y Gamboa sin que aún se recibieran noticias del General Jefe de E. M. G., ni de la situación de las fuerzas á sus órdenes. En este día recibió el Brigadier Chacón á S. A. R. El Conde de Caserta y al General Mogrovejo, que acudieron á Álava por orden de Don Carlos.

El Brigadier Balluerca ofició desde Subijana con fecha 7, al Comandante General interino de Álava, que había sido nombrado por el General Pérula para mandar las fuerzas de Álava, compuestas de los Batallones 1.º, 2.º, 3.º 5.º y 6.º, uno de Guipúzcoa, Compañía de Guías y tres piezas de Artillería que eran las que formaban el ala derecha del Ejército Carlista, que se encontraban á las órdenes de Chacón.

Este entregó el mando el día 15 de Julio en Villa Real, cumpliendo la orden del General Pérula.

Es de notar que no transcurrió mucho tiempo después de estos sucesos cuando el Brigadier Balluerca se presentó al General Quesada, abandonando su punto.

VELABIETA

DATOS PARA LA HISTORIA

PRISIÓN DEL GENERAL ORTEGA. — SU MUERTE. —
CARTA REGIA

CERCORADO el celoso y activo cual ninguno, modelo de lealtad, General D. Domingo Forcadell, de que existía en Madrid la célebre Comisión Regia dedicada al servicio de la causa del Señor Conde de Montemolín, establecida en el Palacio Real, después de haber mediado varias é importantes correspondencias en las que se contaba la carta de la Reina Cristina á su hija D.^a Isabel, en 27 de Abril de 1842, la que contiene la acusación privada que más adelante verá el lector, en 22 de Febrero de 1856, D. Ignacio Montfort, Mayordomo del Señor Conde de Montemolín, burlando la vigilancia de Palacio, disfrazado de cura, aunque arrojando los mayores peligros de ser descubierto, pudo entregar la carta últimamente dirigida á D.^a Isabel II por su primo el Señor Don Carlos VI, y no queriendo el activo y esforzado General que el Principado de Cataluña

estuviera desprevenido el día que se iniciase el levantamiento, quiso preparar las provincias catalanas; al efecto, avistándose en todas ellas con individuos de gran valía, encargó á éstos la mayor reserva en los trabajos de propaganda para reanimar el espíritu carlista, encargo que recibió igualmente el que esto escribe, en Lérida, para introducir sus disposiciones en los Regimientos de Estremadura y Málaga, en los que se había llegado á hacer una gran propaganda, comprometidos un crecido número de clases y oficiales, entre los que se contaba el 2.º Comandante D. Juan Yoldia, (el que más tarde llegó á ser General del Ejército carlista), y á tal extremo llegó la propaganda, que se apercibieron los Jefes principales de los Cuerpos, tanto fué que ejercían una opresiva vigilancia, dando esto lugar á que una vez declarada la guerra de Africa, varios de los más comprometidos, entre ellos el que suscribe, marcharon á ella en el concepto de que los que quedaban, como menos sospechosos, llevarían á cabo el hecho de secundar el movimiento. Estuvimos en toda la campaña africana, y una vez terminada aquella regresamos á la Península, llegando á Valencia el día 7 de Abril de 1860, en ocasión que ya había sido hecho preso el día 5 del mismo en Calanda el bizarro y honrado General D. Jaime Ortega, con sus Ayudantes los Sres. D. Francisco Cavero, (hoy bizarro General carlista), y Moreno. El día 6, fueron conducidos á Alcañiz, llegando por Vinaroz á Morella, donde se hizo cargo de ellos Dusmet, quien los llevó á San Mateo. El día 9 del mismo, el Señor Conde de Montemolín, se vió obligado á ocultarse en Uldecona, en casa de unos pobres labriegos, pasando por toda clase de calamidades y hasta hambre, para que no infundieran sospecha los alimentos que se le llevaban, y el día 15 el Capitán General de Cataluña, D. Domingo Dulce, publicó un bando en el que ofrecía la cantidad de 10,000 duros al que delatara al Señor Conde de Montemolín.

Únicamente, la Comunión tradicionalista, bajo cuya bandera, tantos y tantos sacrificios y heroísmos se han llevado á cabo, cuenta en su seno hombres de corazón, mártires como el infortunado General Ortega, que fué cumplido caballero, gran defensor del trono de D.ª Isabel mientras creyó que esta señora representaba la causa del derecho, pero desengañado por la Infanta Carlota y obligado por ella á que reconociese como á su Rey legítimo al Señor Don Carlos VI, el General Ortega le sirvió con la misma lealtad que sirviera á la desgraciada D.ª Isabel, secundando deseos que tenían su manantial en el Palacio Real de Madrid y que al mismo tiempo eran los suyos propios; el General Ortega con el Capitán General de Cataluña y otros muchos secundó el movimiento de San Carlos de la Rápita, trasladándose con sus tropas desde la Capitanía General que desempeñaba en las Islas Baleares, á la Península.

Los comprometidos en la Causa de la restauración, fueron comprados con el dinero de las logias, faltando á su compromiso; y el pundonoroso General Ortega vino á aumentar con su sangre generosa, la de los

mártires de la religión y del derecho y con su brillante historia los modelos de hidalguía y abnegación de que lo fué siempre el Partido tradicionalista.

Varias han sido las ocasiones en que se ha tocado el triunfo, pero nunca se creyó más seguro que en 1860, como digo al principio de este escrito. Existía en Madrid la célebre Comisión Regia suprema, la que dictaba sabias disposiciones, á la que obedecían Ministros, Generales, títulos y otros muchos personajes colocados en los centros oficiales, por medio de los que nombraba hasta Capitanes Generales, mudaba Regimientos y oficiales según le convenía, de modo que era un Gobierno dentro de otro Gobierno.

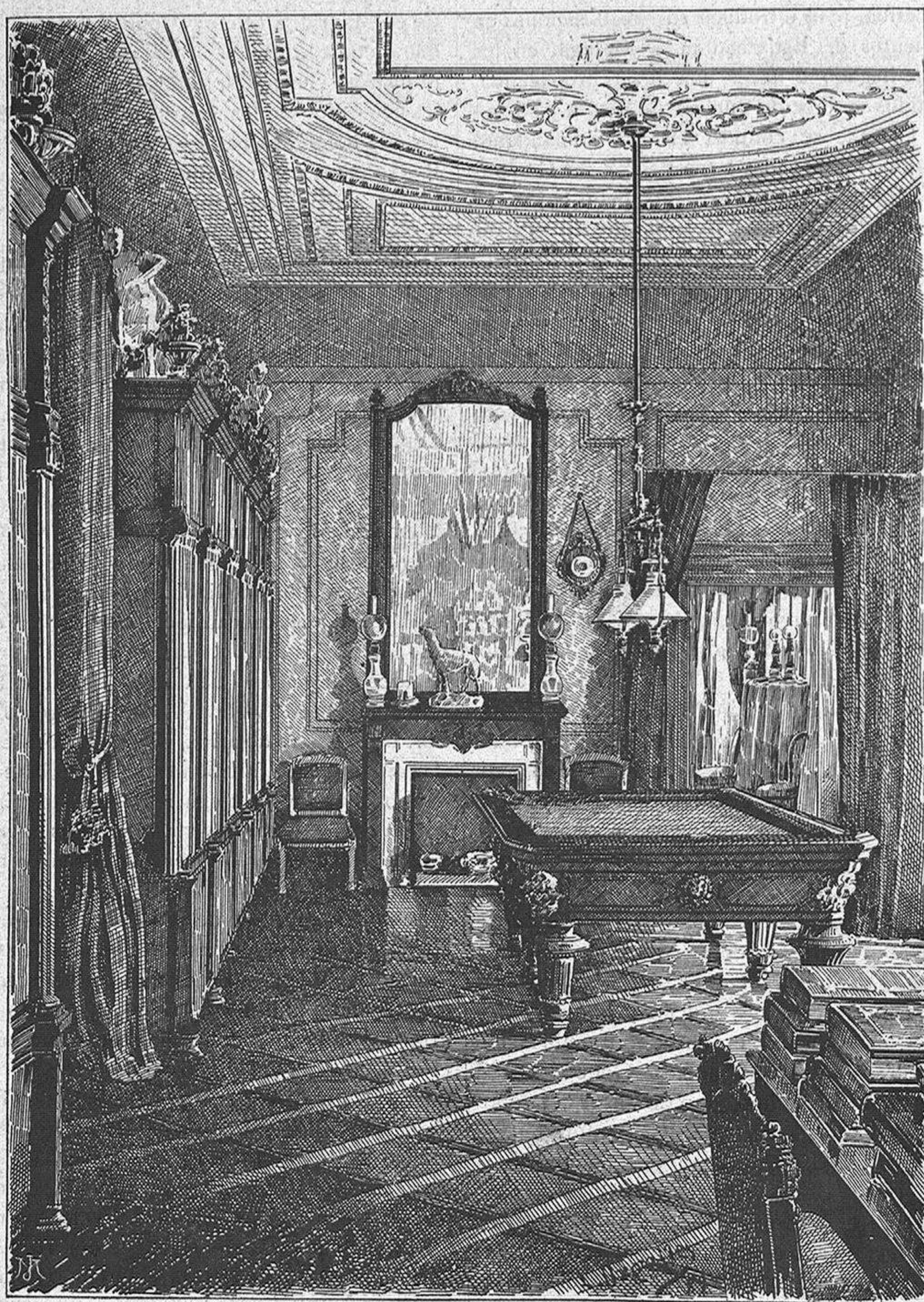
En esta época tuvieron D.ª Isabel II y su esposo correspondencia con el Señor Conde de Montemolín, y en varias cartas se ratificaban en que convencidos que ocupaban el trono ilegalmente, estaban dispuestos á abdicar para que Don Carlos viniera á ocuparlo, nombrándose apoderados por ambas partes, que estipularan las condiciones y el modo de llevarlo á cabo. El punto fijado fué San Carlos de la Rápita; comprometidos estaban desde D.ª Isabel II hasta los últimos oficiales, que no cumplieron los juramentos prestados solemnemente, quedando sólo Ortega. No fué el movimiento aislado, pues como la idea carlista está encarnada en la tradición católico-monárquica y es un eslabón brillante de esta cadena secular, se deduce claramente que San Carlos de la Rápita es un eslabón más de este engarce maravilloso que une el cielo con la tierra, la tierra con el cetro y el pueblo con su legítimo Rey y Señor. Dura es esta doctrina, pero la historia está salpicada con sus glorias. El liberalismo la combate á todos los cuatro vientos y sin tregua; mas la doctrina subsiste contra viento y marea y sus esforzados guerreros caen y se levantan, mueren y renacen de sus cenizas como el Fénix.

El día 16 de Abril de 1860, se reunió en Tortosa el Consejo de guerra formado por simples Capitanes, los que habían de juzgar al General Ortega, de cuya competencia protestó el General, puesto que, con arreglo á la ley, debía ser juzgado como paisano por el tribunal civil, y de barrenar la ley para juzgarle militarmente, debía serlo por Consejo de Generales y no de simples Capitanes como lo fué, pues hasta los Ministros dieron órdenes contrarias. El día 17 el Consejo condenó á muerte al General, el que oyó la sentencia con una tranquilidad y valor admirables, y á las tres de la tarde del siguiente día 18, fué fusilado en Tortosa D. Jaime Ortega, muriendo como cristiano, como valiente y como caballero.

En Gallur, una de las llamadas cinco villas de la Provincia de Zaragoza, nació D. Jaime Ortega el año 1816. Procedía de una noble familia aunque de escasos medios de fortuna, y por su inclinación eligió la carrera de las armas, en la que llegó á Teniente y en 1838, estando de guarnición en Zaragoza, contrajo matrimonio con una muy distinguida señorita, rica, sobrina y única heredera del General D. Francisco Ballesteros; y con la posición independiente que este enlace le proporcionó, se retiró de la milicia en

el año 1839. Fué liberal de buena fe por entonces, tomó parte en los acontecimientos políticos, llegando á Coronel, después ascendió á Brigadier y la expedición que hizo á Portugal le valió el empleo de Mariscal de Campo. Desengañado del liberalismo y con-

vencido de la ilegalidad con que ocupaba el trono D.^a Isabel, por las graves revelaciones que le hizo la Infanta Carlota, franco y honrado como buen aragonés, se consagró de lleno á la Causa carlista y fracasado el movimiento de San Carlos de la Rápita, llegó fugi-



PALACIO LOREDÁN. — Salón-Biblioteca y billar visto por su parte izquierda
(De fotografía tomada del natural por el Sr. James Liguoro de Presicce)

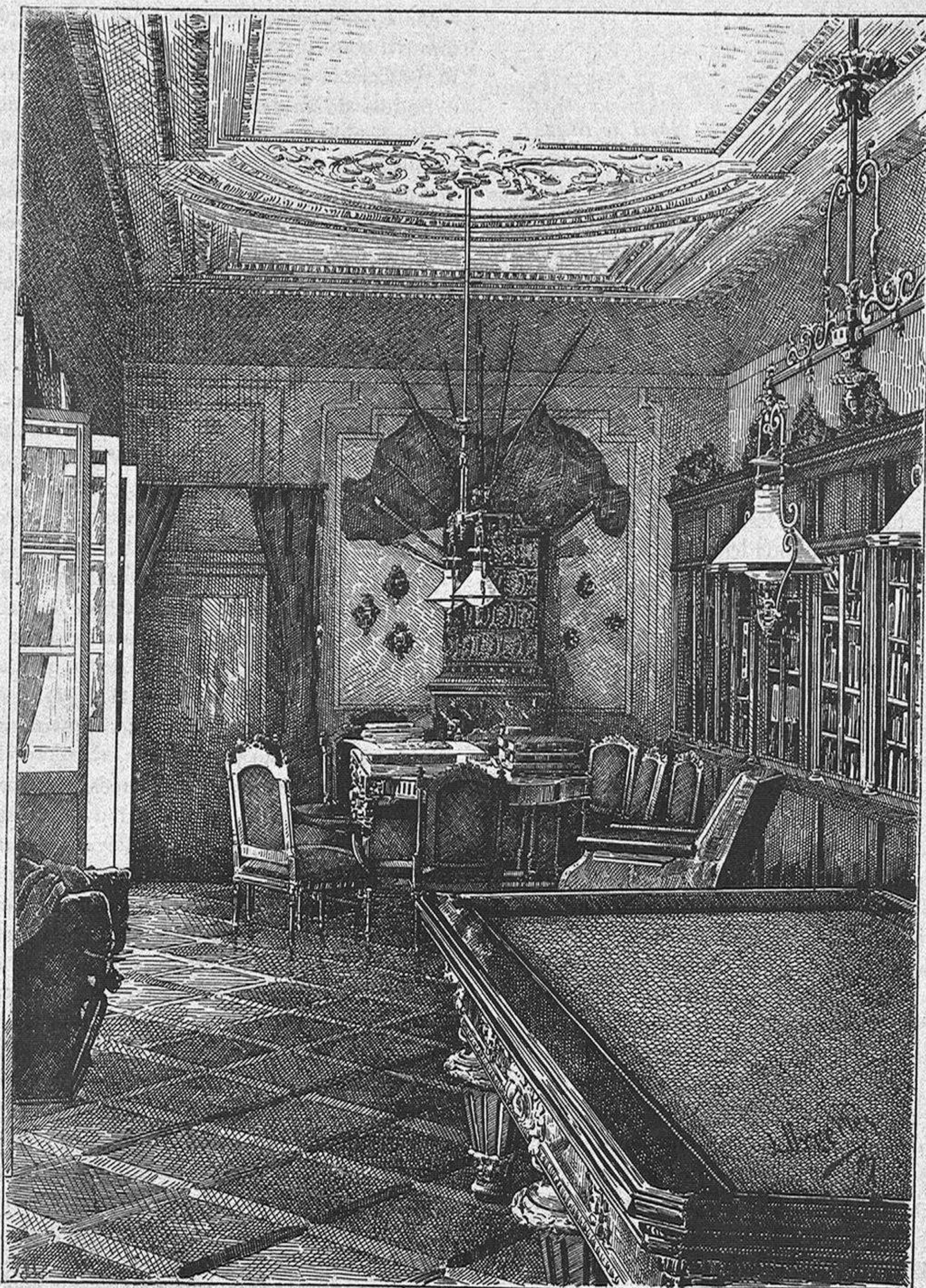
tivo á Calanda, donde fué hecho prisionero con sus ayudantes los Sres. Cavero y Moreno, y otras varias personas más, siendo conducidos á Tortosa. En la prisión fué objeto de admiración de amigos y adversarios por su caballerosidad, pues que muchas fajas y entorchados temblaban al considerar que si de la boca

de D. Jaime Ortega hubieran salido revelaciones que sabían podría hacer, se habría patentizado á la faz del mundo su complicidad en el movimiento frustrado y su felonía y vil traición, dejando de secundar lo que, puestas las manos sobre los Santos Evangelios, habían solemnemente jurado, tomando á Dios por tes-

tigo, cumplir como cristianos y honrados caballeros.

Mas el dignísimo cuanto infortunado General, en momentos tan críticos como solemnes, prefirió bajar él sólo al sepulcro antes de dejar de cumplir como noble y honrado.

Con su muerte, respiraron algunos que osaron temer fuese su delator. Digo y lo proclamo muy de veras, que la muerte del General Ortega fué un asesinato más que vino á aumentar el número de los cometidos por los liberales. ¿Por qué la ilegalidad jurídica que se



PALACIO LOREDÁN.—Salón-Biblioteca y billar visto por su parte derecha. (De fotografía tomada del natural por el Sr. James Liguoro de Presicce).

cometió? Porque antes de ser condenado, los perjuros, antes sus amigos, y en aquellos fatales momentos sus verdugos, con criminal premeditación, habían condenado á morir al desgraciado General, temiendo que las revelaciones que podía hacer marcarían en sus rostros el estigma de la traición y felonía. ¿Qué im-

portaba para aquellas desgraciadas almas derramar en el suplicio la sangre del más noble, del más caballero y pundonoroso militar, con tal de que quedase saciada la sed de venganza que enardecía los corazones de aquellos Generales hechos liberales de repente?

El sacrificio se consumó, pero sin que la sangre del

mártir dejara de salpicar la cara de elevados personajes á quienes la providencia castigó, y esa sangre señalará en la historia los nombres de los asesinos de aquél, honrado cual ninguno, de aquél mártir de la causa de DIOS, PATRIA Y REY.

MANUEL RODRÍGUEZ MAILLO

Madrid, Octubre de 1889.

CARTA DE LA REINA CRISTINA Á SU HIJA DOÑA ISABEL

«París 27 de Abril de 1842.»

Como Reina, como madre, como mujer, tengo, hija mía, una obligación que cumplir contigo. Mientras me está cerrada la España y no puedo abrazarte aun en estos días, que así entre los simples particulares como entre los príncipes, son dedicados al regocijo de las familias, llega á Madrid tu tía Carlota. Todas las puertas se abren á ella y á tu tío Francisco de Paula; ya puede estar satisfecha su ambición, y no sé qué más puede desear su gran corazón. Tu tutor Argüelles ¿no ha condescendido hasta el punto de recibir su visita? Y el infante de España, hermano de S. M. C. Fernando VII, ¿no ha obtenido el singular favor de ser tuteado por Espartero? Dejémosle, pues, gozar sus nuevas prosperidades de que es tan digno, y hablemos de tí, hija mía, y del asunto que tengo que tratar contigo. Desterrada de España y lejos de tí, dedico á escribirte un día que era en otro tiempo de fiesta, aquel en que vino al mundo tu madre, lo que te hacen olvidar, sin duda, para hacerte celebrar el día en que nació el jacobino Argüelles, ó el día del cumpleaños del hombre que me ha echado de España, que me ha arrancado la Regencia, D. Baldomero Espartero. Hasta aquí, hija mía, no se había hablado de tu tía Carlota. Estaba lejos de España y no podía verla, hablarla, ni oirla; eres tan niña que no hubieras podido comprender lo que hubiera tenido que decirte acerca de ella; y por otra parte, cuando se trata de una persona que nos está unida con los lazos de un estrecho parentesco, de una hermana, y se tiene que decir de ella lo que tengo yo que decir de Carlota, no se habla sino en el último extremo. Pero hoy ya no puedo vacilar; Carlota va á encontrarse cerca de tí, llega con pasiones ambiciosas y malas, poseída de la esperanza de dominar tu espíritu naciente y tu carácter aún no formado. No puedo dejarte expuesta sin defensa á su influjo fatal; voy, pues, á revelarte una parte de la verdad que es necesario que sepas.

La primera persona á quien ha hecho traición tu tía Carlota. Aquí me veo obligada á describirte una escena lamentable. Tu padre el Rey Fernando estaba moribundo y tu tía Carlota, que alimentaba un profundo odio contra el infante D. Carlos, y que esperaba, además, tener más influjo bajo mi regencia que bajo el reinado de tu tío, me excitaba hacía mucho tiempo á hacer mudar la ley de sucesión en tu favor. Faltaba aún la última firma que conseguir, y te lo confieso, hija mía, á la vista del lecho de muerte, yo dudaba, ¿sería por ventura el ángel de mi guarda quien me detenía al borde del precipicio? ¿Se me representaría

en siniestro y confuso presentimiento alguna débil idea de todos los males que he sufrido hace diez años, las angustias de mi regencia, los horrores de Barcelona, las tristezas de mi destierro? No lo sé; pero, en fin, yo dudaba, sea por tí y por mí misma, sea por respeto á aquella agonía que era menester violentar, á aquella mano entorpecida por la muerte que, fría é inmóvil como el mármol, no se levantaba ya. Pero tu tía Carlota estaba á mi lado como mi mal genio.

Se refa de mi debilidad, insultaba mis escrúpulos, y observando con ojos inquietos los progresos de la agonía de tu padre, me decía que aún era tiempo; que aquella mano por fría é inmóvil que estuviese, podía todavía firmar; viendo, en fin, que yo no tendría nunca el triste valor que procuraba inspirarme, me trató de alma débil y pusilánime, y acercándose ella misma al lecho de dolor, se acercó al moribundo y le presentó el papel que era menester que firmase. Tu padre, entonces, dirigiendo hacia ella una mirada suplicante en que apenas se percibía la última chispa de vida, le dijo con voz apagada: «Déjame morir», pero tu tía Carlota, asiéndole la mano y llevando la pluma que en ella había colocado, le gritó: «se trata de morir bien; se trata de firmar». Mira tú, hija mía, á qué precio te ha hecho Reina tu tía Carlota.

Desde que murió tu padre, no cesó de instarme para que la España estuviese siempre cerrada á Don Carlos: persiguió con su odio la vida de tu tío, como había atormentado la muerte de tu padre con sus asedios; ¡estaba escrito que Carlota sería el azote de su familia, y yo tuve muy pronto motivo para quejarme de ella como tu padre!

Tu tía no había pretendido hacerme un favor; había querido vendérmele, y no contribuyó á hacer pasar la corona á tu cabeza, sino para llevarla en tu nombre. Yo encontraba siempre delante de mí sus intrigas y conspiraciones; me ponía obstáculos, me tendía lazos y presentando en todas partes turbulencias, ó manteniendo las que se suscitaban naturalmente en aquella época desgraciada, era enemiga de mis partidarios y aliada de mis enemigos. Yo procuraba apoyarme en el partido moderado y combatía á los exaltados, que amenazaban sepultar la España bajo una vasta ruina; al momento alargó Carlota su mano á los exaltados. Fué el alma de sus conciliábulos; soñó con hacer en España el papel que representó en otro tiempo en Francia Felipe Igualdad; creyó que llegaría á subir al trono siendo la cómplice de la demagogia; gracias á ella, los peligros ya tan grandes de mi situación se agravaron más; ya no sólo tuve que luchar contra los desórdenes inevitables en un tiempo de revolución; fué necesario combatir proyectos ambiciosos que amenazaban tu poder y mi autoridad. La anarquía, la licencia, nada arredraba á tu tía Carlota, y todo camino que parecía deber conducirla al poder supremo, le parecía digno de ella, aunque fuese necesario pisar escombros y andar sobre sangre.

Ahí tienes, hija mía, una parte de lo que tu tía Carlota había hecho cuando me ví obligada á desterrarme de España. No ha habido una intriga cuyo hilo

no haya tenido; no ha habido una conspiración de que no haya sido cómplice; no ha habido un solo acto de mi Gobierno que no haya combatido. Después de haber llegado á Francia, no ha renunciado ni á sus odios ni á sus proyectos. Cuando Espartero, cansado ya de ser fiel, preparaba los acontecimientos que debían obligarme á alejarme de España y á separarme de tí; cuando, entregada sin defensa á los ultrajes de los amotinados de Barcelona, me libraba con gran trabajo de los puñales de los asesinos, ¿sabes, hija mía, lo que hacía tu tía Carlota? Depositaba todo el veneno de su odio en los folletos infames, en que el honor de tu madre era entregado á las encrucijadas y al desprecio de la calle. Excedía en furor de los amotinados de Barcelona, porque es preferible á una Reina tener su traje manchado de sangre, que tenerlo sucio de lodo.

Ya ves, hija mía, si puedo decirte con razón: «Desconfía de esa mujer, que lleva consigo la desgracia y la ruina; sus palabras son engañosas; sus protestas de amistad son lazos; su presencia es un peligro.» El último acto de su conducta, ¿no ha confirmado todas sus culpas? Cuando Espartero me echaba de España, cuando me separaba de tí, hija mía; cuando después de haberme arrancado la Regencia me arrebató la tutela de mis hijas, ¿de parte de quién se ha puesto tu tía Carlota? De parte de Espartero; se ha apresurado á inclinarse ante su nuevo poder; ha aceptado para tí la tutela del revolucionario Argüelles, cuando ha perdido la esperanza de obtenerla, y entre tanto envía á su marido á recibir el tuteo de Espartero, las insolencias del abogado jacobino, de quien ha hecho tu tutor, y los desdenes de la viuda del general que en 1823 condujo á tu real padre por las escaleras del cadalso á que subió Luis XVI.

Ahí tienes, hija mía, lo que debes recordar cuando tu tía Carlota quiera apoderarse de tu espíritu y de tu corazón, cuando se insinue en tu confianza para engañarte, cuando reclame de tí un afecto de que es indigna. ¡Ah! interpóngase entonces entre ella y entre tí el lecho de tu padre, cuya agonía sitió! Ten presente la memoria de tu tío D. Carlos, cuyas desgracias ha causado; y la ternura de tu madre, cuyo reposo ha destruído Carlota, cuya autoridad ha atacado, cuyo honor ha marchitado, te detenga al borde del precipicio á que esa mujer pérfida quiere arrastrarse. Acuérdate de ello, hija mía; tu padre, tu madre, tu tío; en una palabra, toda tu familia tiene motivos para quejarse de la infanta Carlota; ha hecho traición á todos los que debió amar; es el mal genio de tu casa. ¡Dios te guarde de este mal genio!—*Cristina.*»

CATÁLOGO

DE LOS TROFEOS DE GUERRA DEPOSITADOS EN EL CUARTO DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDÁN

(Continuación)

La expresada Bandera del Batallón Cazadores del Cid, 1.º de Castilla, es de seda en color morado: en el anverso y en su centro, bordada la imagen de la Inmaculada Concepción, surmontada

del lema: «Dios, Patria y Rey,» y debajo la inscripción latina: «Auxilium Christianorum,» ambas en oro, con dos lises y dos margaritas de plata en sus cuatro ángulos; en el reverso y centro el Escudo de Armas de España, surmontado de la inscripción: «Batallón Cazadores del Cid,» y debajo «Primero de Castilla,» con cuatro flores de lis en sus ángulos.

5. B.—Bandera del Batallón Cazadores de Arlanzón, 2.º de la División de Castilla.

Tomó parte, principalmente, en las batallas de Castro-Urdiales, Somorrostro, Abárzuza, Biurrum y Lácar.

Don Carlos de Borbón premió su heroísmo en la de Biurrum, concediéndola, después de un juicio contradictorio, la Corbata de San Fernando.

De seda, en colores nacionales: en el anverso y centro, bordada en oro, la imagen del Salvador del Mundo, asistido sobre su cabeza del Espíritu Santo, teniendo á sus pies el Escudo de Armas de España y un León, surmontada aquella del lema «Dios, Patria y Rey,» y debajo de la inscripción: «En tu mano está nuestra Salud,» ambas de oro; en el reverso y centro la imagen del Arcángel San Miguel, surmontada de la inscripción: «Yo soy el Príncipe de los Ejércitos del Señor,» y debajo de la de «Y ahora vengo.»

6. C.—Bandera del Batallón de Cazadores, 4.º de la División de Castilla.

Concurrió á las batallas de Montejurra, Castro-Urdiales, Somorrostro, Abárzuza y Lácar.

De seda blanca y en forma de Pendón; en el anverso y centro dos Sagrados Corazones bordados en oro, surmontados de la inscripción: «Sagrados Corazones, Salvad á España,» y debajo el lema: «Dios, Patria y Rey,» en el reverso y en su centro una Cruz en forma de espada, bordada en seda encarnada, surmontada de las palabras latinas: «In hoc signo vinces,» y debajo de las armas españolas: «Santiago, nuestro Patrón, defiéndenos.»

7. D.—Bandera del Batallón de Palencia, 5.º de la División de Castilla.

El Batallón de Palencia asistió á las batallas de Castro-Urdiales, Somorrostro, Lácar y Mercado.

De seda en colores nacionales: en el anverso y centro, las imágenes de Nuestra Señora de las Victorias con el Niño Jesús, bordadas en seda y oro, surmontadas de la inscripción: «Santísima Virgen de las Victorias,» y debajo: «Concedéndonoslas,» dos flores de lis de oro á derecha é izquierda de la Virgen y cuatro de plata en los ángulos del anverso; en el reverso y centro el Escudo de Armas de España, en oro y seda, surmontado del lema: «Dios, Patria y Rey,» y debajo la inscripción: «Cazadores de Palencia, 5.º de Castilla,» dos flores de lis de plata á los lados del Escudo, y cuatro de oro en los ángulos del reverso.

8. E.—Bandera del Batallón Infanta Doña Elvira, 5.º de la División de Navarra.

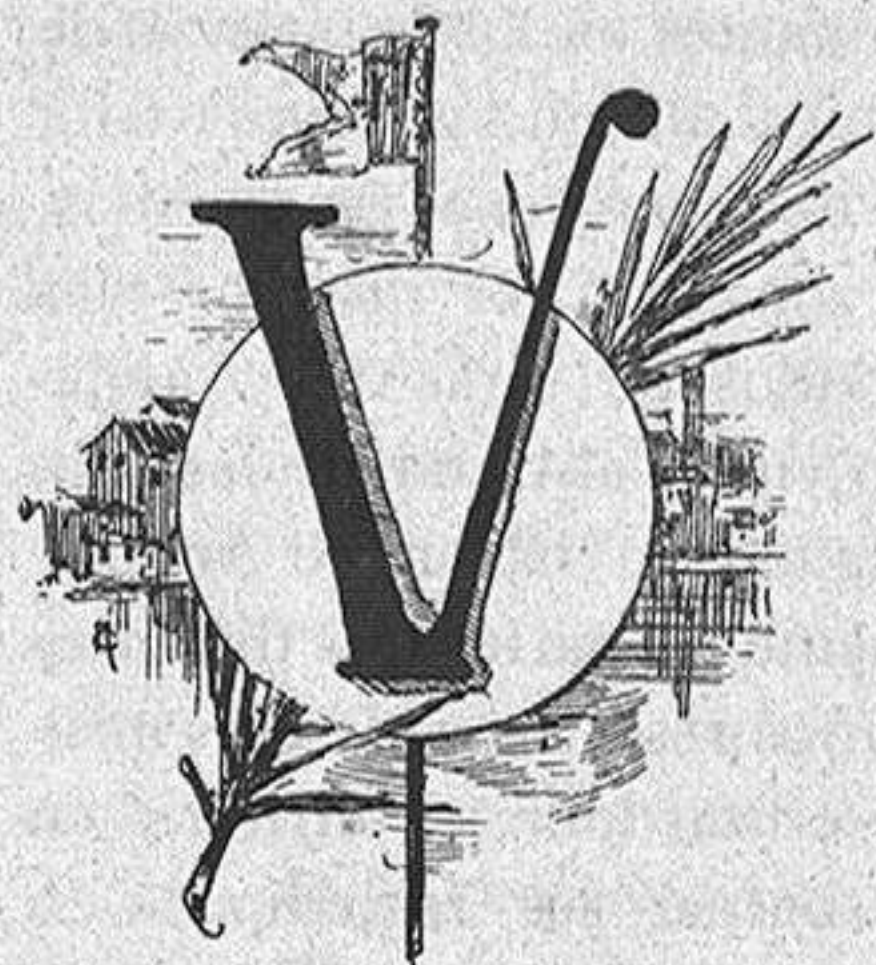
Se distinguió en las batallas de Allo y Dicastillo, Mañeru, Montejurra, Castro-Urdiales, Somorrostro, Lumbier y Lácar.

De seda, en colores nacionales; en el anverso y centro la imagen de la Purísima, bordada en oro, con la inscripción al rededor: «Batallón de la Infanta Doña Elvira, 5.º de Navarra,» en el reverso y centro, el Escudo de Armas de España, y debajo de él, dos palmas verdes, surmontado aquel del lema: «Dios, Patria y Rey.»

(Continuará)

RESIGNACIÓN DE UN PADRE

EPISODIO DE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL, POR DON
JOAQUÍN LLORENS Y FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA

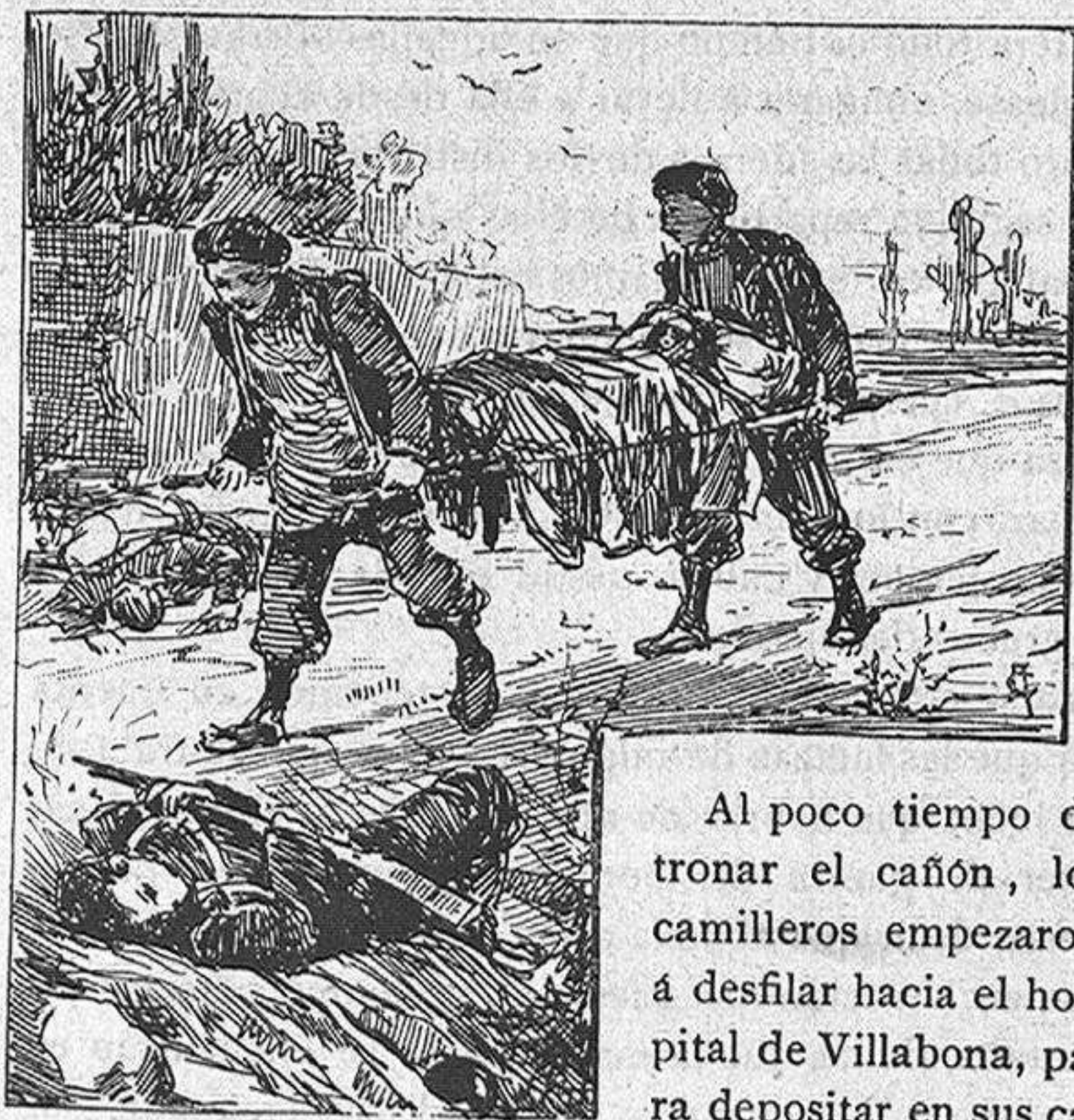


VILLABONA, pequeño pueblo que se encuentra en la carretera de Tolosa á San Sebastián, y cercano al primer punto, fué elegido por la Diputación guipuzcoana para instalar allí un hospital militar. El

edificio se prestaba á ello; la posición topográfica que ocupa dicho pueblo, es de lo más pintoresco. Un río lame las paredes de sus edificaciones, que cual blancas palomas se agrupan alrededor de los ennegrecidos muros de la vieja iglesia; prados bordeados de helechos y cubiertos de menuda yerba, pasto de millares de hermosas vacas y de gigantescos bueyes, lo encierran en florido círculo; empinados montes que sustentan bosques de castaños y manzanos, se elevan por todas partes, encerrando aquel valle en un anfiteatro de forma elíptica.

Aires puros, atmósfera diáfana, agua límpida y carnes sustanciosas, todo se encuentra allí, unido á la caridad inagotable y sentimientos bellísimos de aquellos habitantes.

Un día, á principios de Enero de 1876, el cañón dejaba oír su bronca voz dominando la rara sinfonía que formaban los toques de corneta, voces de mando y disparos de fusil, repercutidos por los ecos, en la línea de San Sebastián á Irún.



Al poco tiempo de tronar el cañón, los camilleros empezaron á desfilir hacia el hospital de Villabona, para depositar en sus camas ó en el Campo

santo á los que heridos por el plomo enemigo necesitaban de medicinas ó de una fosa. En las salas del

hospital hallábase todo dispuesto; en el testero un Crucifijo de tamaño natural, alumbrado por algunos cirios, cuyo chisporroteo se unía á los ayes de dolor de los que ocupaban la estancia, mostraba los cardenales de que todo su cuerpo estaba cubierto y la sangre que manaba de su coronada cabeza y taladrados pies, costado y manos, dirigiendo una mirada de perdón con sus ya nebulosos y tristes ojos á los que habían necesidad de ejemplo y auxilio para soportar con resignación los atroces dolores que sufrían.

Al anochecer ya, cuando hacía rato que la llegada de heridos se había paralizado, se dejó oír en la primera sala el rumor que producían en los peldaños de la escalera los pesados pasos de cuatro hombres que, con sumo cuidado, conducían una camilla. A la puerta de la sala salieron á recibirla un sacerdote, una hermana de la Caridad y un médico, es decir, los médicos del alma y del cuerpo, y la que con sus angélicas palabras había de endulzar las mortales horas de dolor ó agonía del herido.

Por el cuidado con que los camilleros conducían su carga, comprendíase que aquel lo estaba muy gravemente; en efecto, al quitar de su rostro la manta que lo cubría, notábase en él el color amarillo claro precursor de las sombrías tintas de la muerte.

¡Agua! fué la primera palabra que murmuraron sus descoloridos y secos labios, y antes que su eco se perdiera en los ángulos de la sala, la Hermana de la Caridad acercaba á su boca un calmante que, aunque á intervalos, fué bebido con verdadera ansia.

Los médicos, entre tanto, examinaban la ancha y profunda herida que en su pierna había abierto un casco de granada; los huesos estaban hechos pedazos y ennegrecidos; la amputación era preciso llevarla á cabo en el acto. Pronto aparecieron las cajas de amputaciones; las pinzas, cuchillos, torniquete y sierra,

se pusieron en disposición y la operación empezó. En aquel momento penetraba en el hospital el General carlista D. Antonio Lizárraga, quien deteni-

do á la puerta de la sala por el grupo que hemos señalado, comenzó á dirigir palabras de consuelo al desfallecido paciente. En esto, un voluntario se presentó al General anunciándole, que el padre de aquel herido, avisado por unos compañeros de su hijo de lo que á éste le ocurría, se había presentado en la puerta y que el oficial de guardia lo estaba entreteniendo.



Acudió Lizárraga á la guardia y poco á poco fué comunicando á aquel honrado guipuzcoano la fatal nueva.



—Comprendo vuestro dolor, añadió el general; pero que os sirva de lenitivo que ha perdido su pierna, combatiendo por la causa de Dios.

—Muchísimo siento tal desgracia, señor; pero prefiero una y mil veces, que con una sola pierna se vaya al cielo, que con las dos hubiera pasado al campo de los *guiris*.

A los pocos días Dios acogió en su seno el alma de aquel valiente, y sin duda alguna, con el cielo recompensaría sus sacrificios en la tierra.



LA DEFENSA DE LOS PIRINEOS

III

Lo hemos ya indicado antes; no es todavía en la cuestión de inferioridad numérica donde estriba principalmente nuestra debilidad, sino en el retraso con que

aquellas primeras fuerzas disponibles llegarían á ocupar sus posiciones, si habían de marchar con sus efectivos completos. La gran mayoría de esos 45 batallones con que contamos se reclutan fuera de los distritos que ocupan, lo cual podría tener explicación por el carácter y tendencias dominantes en los habitantes de esas regiones, si no se hubiera llevado en ésta la falta de previsión hasta el punto de que muchos de aquellos, en vez de corresponder á zonas de los distritos más próximos, sacan sus soldados de otras muy alejadas hacia el interior, como vimos al tratar de las tropas de Aragón, y aun algunos lo hacen de Andalucía y de Galicia, precisamente las partes más distantes de España. Mientras tanto los reservistas de esos mismos distritos tendrían que cruzar todo el territorio en sentido inverso para ir á buscar sus regimientos en Castilla, en Valencia y en Andalucía, ó trasladarse de un extremo á otro de la frontera, porque varios de los Cuerpos de Navarra y Vascongadas se nutren de Cataluña y viceversa para volver luego en su mayor parte á desandar lo andado, una vez incorporado, siendo fácil de concebir todo lo que ese movimiento simultáneo de tanto grupo suelto cruzándose por toda España y en todas direcciones y aglomerándose en los puntos de empalme, produciría en confusión, desorden, accidentes imprevistos y en resumen pérdidas de tiempo, aparte del retraso original inherente al sistema en sí mismo. Asistiríamos, en una palabra, al mismo espectáculo que nos describen los testigos presenciales de las escenas de la movilización francesa en 1870, y el resultado no podría menos de ser tan funesto como lo fué para la Francia en aquella ocasión.

En la práctica, sin embargo, no pasarían las cosas exactamente del modo que las hemos supuesto, pues aunque se adoptase en términos generales el principio de verificar la movilización antes de empezar la concentración, con arreglo á la hipótesis que al principio hicimos, la necesidad de no dejar desguarnecida la frontera todo el tiempo que en aquellas operaciones se emplease, obligaría á llevar á ella desde el primer momento todas las fuerzas de los distritos inmediatos, ó sea, según la repartición de ellas que hemos visto, los 45 batallones de que veníamos hablando. Pero aparte de que de esa manera se dificultaría aún más la formación de esos cuerpos al pie de guerra, ¿es con la escasa fuerza que en total representan sus mezquinos efectivos de paz, con lo que podemos pensar en guardar nuestras posiciones y cubrir desde ellas la concentración del grueso del ejército?

Ya se comprenderá por qué no tenemos en cuenta más que las fuerzas de infantería, pues que se trata de una lucha que habría de afectar en su prelude el carácter de guerra de montaña. Excusado es, por lo demás, decir que aquella arma encontraría apoyo valioso en la acción de nuestras excelentes baterías de montaña, de las que la mayor parte se encuentran en Cataluña y Vascongadas; siendo de esperar que, por lo menos, en lo que hace relación á este interesante elemento, no fuésemos inferiores á nuestros adversarios, á pesar de que la rápida movilización de dichas

baterías tropezaría también hoy con no pocas dificultades.

La adopción del sistema de hacer marchar todo el ejército á la frontera en el estado de fuerza en que se encontrase, á reserva de dirigir después sobre aquella el complemento de hombres y material necesario para la elevación de los efectivos al pie de guerra, si fuera posible, que lo dudamos, conduciría todavía á peores resultados; y dudamos de esa posibilidad, no porque ésta falte en absoluto, sino porque no reduciéndose todo á contar con hombres, ni aun con batallones, cuando de operar en masas considerables se trata, pues éstas necesitan de otros elementos que entre nosotros hay que crear de raíz en el momento necesario, sería difícil que por ese medio se consiguiera ganar tiempo en la concentración, á cambio de la gran desventaja de verificarlo con los efectivos de paz. Algunos Cuerpos podrían todavía incorporarse al paso los soldados de la reserva en el supuesto de que obrando así se proveyeran los medios de vestirlos, armarlos y equiparlos; pero en cambio, ¿cuándo conseguiría la mayor parte de esos soldados encontrar á sus regimientos en movimiento!

Aunque este sistema, que es en parte el que con tan deplorable éxito emplearon los franceses en su guerra última, parezca á pesar de esto aceptado en principio en Italia, porque esta nación tan recientemente constituida no se ha resuelto á adoptar el reclutamiento local en toda su pureza, hay que tener en cuenta, que allí funciona desde la paz y desempeña gran papel en la movilización un elemento importante con el nombre de compañías de distrito, y sobre todo que dicho país tiene cubierta su frontera por las tropas alpinas; preciosa institución que, á pesar de los defectos que puedan señalársele, quisiéramos ver imitada en España, y que proporciona á la Italia, entre sus diversas clases de activo, reserva y milicia móvil y territorial, una fuerza total de cerca de 40,000 hombres, especialmente aptos por su carácter local para la defensa, de los ya de por sí imponentes obstáculos que los Alpes presentan.

Francia también sigue ese ejemplo, convirtiendo sus batallones de cazadores en tropas de montaña, afectos, en particular, á la de sus fronteras montuosas, y aunque hasta ahora no ha aplicado más que á la de los Alpes esta reciente organización, debemos contar ya con ese nuevo elemento, de tanta importancia para el ataque como para la defensa de los Pirineos por parte de nuestros vecinos.

Aparte de esto, ya hemos visto que para el ataque de nuestra frontera desde los primeros días de abierta la campaña, cuenta aquella nación con fuerzas muy superiores á las que podríamos oponerle en tales momentos, lo cual, ciertamente, es difícil de evitar, dada la gran diferencia en la totalidad de los elementos militares de uno y otro país; pero lo que sí debemos procurar á todo trance es que, sobre ser esas fuerzas superiores numéricamente, no nos llevasen también ventaja en la preparación, como hoy sucedería.

Los franceses, en efecto, mientras nosotros lucharía-

mos con todas las dificultades expuestas, verificarían su movilización con la rapidez que la ejecutó su 17.º Cuerpo en el ensayo de 1887, ó con alguna menos si se quiere, pues no se nos oculta que las cosas no pasarían todas del mismo modo, tratándose de una movilización general; pero siempre con gran ventaja de su parte, á la que no puede menos de contribuir lo más completo de su red férrea. Después transportarían sus tropas por las dos líneas generales que entran en España por Irún y Port-bou por los ramales de ferrocarril que desde la línea de Bayona y de Dax á Perpignan por Pau, Tarbes, Tolosa, Carcasona y Narbona, importantísima así para la defensa como para la ofensiva conducen á San Palais, Larnus, Pierrefitte, Bagnères de Bigorre, Bagnères de Luchón, Saint Giron, Tarascón, Lulián y Prades, poblaciones situadas en su mayor parte á una marcha de la frontera, corta para algunas, desde las cuales amenazarían á la vez todos los pasos principales de la cordillera.

Con algunas horas que nos sacasen de ventaja, y ya se ve que serían más que horas en el estado actual de nuestras comunicaciones, llegaríamos tarde para defender la cadena principal, por lo menos en toda la región aragonesa ó en gran parte de la catalana. Con tres días habríamos perdido, sin poder apenas disparar un tiro; todas las principales posiciones de la montaña, probablemente también alguno de los fuertes de primera línea y acaso hasta las importantes plazas de Jaca y La Seo de Urgel, si no estuvieran mejor atendidas y guarnecidas que lo están hoy. Entonces, el enemigo, dejando atrás estas plazas si no había podido apoderarse de ellas por un ataque brusco, pues que sus débiles guarniciones poco cuidado podrían inspirarle, estarían en disposición de obrar ya desembarazadamente contra las fracciones de nuestro ejército que acudieran presurosas á la defensa de la frontera y quizás hasta llegase á amenazar la concentración sobre el Ebro, primera línea que, en semejantes circunstancias, podríamos aspirar á defender de una manera seria, aunque probablemente sin conseguir aún reunir en ella, en la medida apetecible, cuantos elementos son necesarios para la buena organización de un ejército.

En tales condiciones, ¿conseguiríamos detener y rechazar victoriosamente al invasor á favor de esa segunda barrera que á la Naturaleza plugo concedernos para nuestra defensa, ó habríamos de resignarnos á verla también flanqueada por aquel para proseguir su marcha hasta el corazón de la Monarquía? No es fácil predecirlo, ni cumple ahora á nuestro objeto averiguarlo. Mucho podemos prometernos con alguna habilidad de la fuerza de esa á manera de fortificación natural que forma la cordillera Ibérica con aquel río por foso, en el curso superior y medio del mismo, en esta última parte sobre todo, pero si los obstáculos materiales no alcanzasen á compensar la inferioridad de nuestros elementos activos de combate allegados para esa segunda etapa, por mucha que fuese la resistencia organizada, por grande la parte que el pueblo tomase en la defensa nacional y por alto que rayase nuestra proverbial constancia para proseguir la lucha

hasta el último extremo, habríamos de aperebirnos á ver al enemigo enseñoreado de gran extensión del país, á éste privado de una parte preciosa de sus recursos para la guerra, sufriendo los desastrosos efectos de su sostenimiento dentro del propio territorio y destruyéndose con su prolongación, para llegar, al fin, ó á sufrir la ley del vencedor, tanto más dura cuanto mayores fueran los esfuerzos que el triunfo le exigiera, ó á obtener en todo caso la humillación del adversario á costa del aniquilamiento de las fuerzas vitales de la nación.

FRANCISCO LARREA

NUESTROS GRABADOS

Abanderado de la Escolta Real

(lámina suelta al cromo)

Como habrán tenido ocasión de notar nuestros lectores, no perdonamos recurso alguno para embellecer nuestra publicación con todos los adelantos que el arte nos sugiere.

El Abanderado de la Escolta Real, brillante composición del distinguido artista D. Paciano Ross, da luminosa idea de la arrogante apostura que distinguía á aquella cohorte de honor que rodeaba á Don Carlos durante la última epopeya. En vez de las dos láminas acostumbradas, presentamos esta extraordinaria, dibujo de litografía á cinco tintas que nuestros abonados contemplarán con júbilo, ya que indica progresivo mejoramiento en nuestra Revista.

D. Juan Nepomuceno de Orbe y de Mariaca Marqués de Valde-Espina

(pág. 113)

Es demasiado conocido, para que publiquemos en estas columnas su biografía. La hoja de servicios de nuestro ilustre colaborador es brillante como pocas. En Ermua, Señorío de Vizcaya, nació en 1819 el caballeroso Marqués de Valde-Espina.

El día 3 de Octubre de 1833 corrió á defender con varonil denuedo al lado de su padre, los inmortales principios por los cuales ha latido siempre su corazón.

Las condecoraciones que ornán su pecho, ganadas á merced de heroísmo y fidelidad, son la mejor prueba de los valiosos servicios que ha prestado á la Causa del Altar y del Trono.

Posee la *Cruz de San Fernando de primera clase*, la de *Fidelidad*, creada para los que no se adhirió al convenio de Vergara, la de *San Fernando de primera clase*, la *Gran Cruz del Mérito militar roja*, la *Gran Cruz de Carlos III*, la *Medalla de Vizcaya* y la *Cruz de Carlos VII*.

Ha sido siempre mirado por Don Carlos con especial predilección, confiriéndole puestos importantes en la organización de nuestra Causa, la cual se enorgullece de contar en su seno á hombres que reúnen las dotes del Marqués de Valde-Espina.

Batería montada

(pág. 116)

De fotografía tomada en el campo de ejercicio de Estella, es esta batería que mandaba el Coronel Sr. Prada, y de la cual era Teniente nuestro amigo D. Rafael Díez de la Cortina.

Hemos creído oportuno reproducirlo por ser un recuerdo de nuestro Ejército.

Grupo de carlistas vizcainos

(pág. 117)

También sacada del natural, representa al Sr. Aboitu Jefe del distrito de Durango, rodeado de algunos individuos de su fuerza en el período del alzamiento anterior á la creación de los batallones que más tarde formaron el Ejército del Norte. La cons-

tancia de aquellos primeros héroes retrata el genio y las virtudes en grado heroico de la valerosa raza del guerrillero español, y en el corazón de Jesús visible en su pecho, el testimonio del amor y confianza en el Dios de los Ejércitos, por Quien principalmente combatían, cuando ni don Ramón Nocedal ni muchos otros que le secundan se acordaban siquiera de ese pujo de integridades de que hacen hoy ostentación cómica.

Salón Biblioteca y Billar visto por la parte izquierda y por la derecha

(págs. 120-121)

Ambas representan una misma pieza en sus dos puntos de vista y están tomadas del natural por el Sr. James Liguoro de Presicce. La Biblioteca del Palacio Loredán, riquísima de suyo por las obras de inestimable valor histórico que encierra, abunda, además, en innumerables libros extranjeros.

Hay, además del billar, una elegante mesa de lectura en donde se ven colocados casi todos los periódicos legitimistas del mundo y cuya lectura proporciona á la Real Familia Proscripta verdaderos ratos de placer después de los muy amargos que engendra la expatriación de todo aquel que siente arder en su pecho el santo fuego del patriotismo.

Resignación de un padre

(págs. 125-126)

Don Carlos ha dicho que las grandes causas inspiran grandes odios, pero también grandes afecciones. Estas hermosas palabras del Augusto Desterrado se hallan corroboradas en todas las páginas de la historia de la España tradicional.

El presente episodio de D. Joaquín Llorens, ilustrado por el distinguido artista Sr. Coll, es un bellissimo cuadro en que, destacándose la figura de un padre que pospone los objetos más queridos de su corazón á los inmortales principios de nuestra bandera, se patentiza una vez más que los rasgos verdaderamente heroicos son nota dominante en la historia de nuestra Comunión.

LIBROS RECIBIDOS

EN LA BODA DE BLANCA DE BORBON, es un elegante folleto de actualidad que contiene preciosos *Cantares* é inspiradas poesías del renombrado vate andaluz D. I. S. de Urbina, dedicadas á la Infanta recién casada.

Se han hecho de él dos ediciones, una lujosísima en que hay un bonito retrato de la nueva Archiduquesa de Austria y otra más económica, sin el retrato.

Ambas se expenden al precio de una peseta y de cincuenta céntimos, respectivamente, en la *Biblioteca Tradicionalista*.

Con el título *Carta de un integrista español á su antiguo director espiritual, sacerdote francés*, ha visto la luz pública un folleto que contiene ideas luminosas respecto á la actual lucha político-religiosa.

La contestación del sacerdote francés es una verdadera refutación de los burdos sofismas que emplean los disidentes para ocultar su rebelión.

Agradecemos á *La Hormiga de Oro* el envío de un ejemplar.

La acreditada casa editorial de Madrid, Fuentes y Capdeville, ha publicado un importante libro sobre práctica y aplicaciones de la *Fotografía Moderna*. De gran utilidad para los aficionados son las materias que dicha obra encierra, puesto que explica con claridad las reglas para que este arte, hoy tan en boga, se practique con la debida perfección.

Hay figuras en el texto y láminas obtenidas por los métodos de reproducción fotográfica. Muchas dificultades con que tropieza el principiante, se hallan allí solventadas y éste hallará la manera de servirse de los instrumentos y las diversas manipulaciones que deberá ejecutar.

De venta en la *Biblioteca Tradicionalista*, á 7'50 ptas. el ejemplar.

QUI SEMBRA VENTS... es una obrilla cómico-trágica en dos actos y en verso, original de nuestro amigo D. José Arrufat Mestres, y propia para representarse en asociaciones católicas. Expéndese en la *Biblioteca Tradicionalista*, á 1 peseta.

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.